

El discurso de las ciencias sociales sobre las sexualidades.

Ivonne Szasz¹

El discurso científico sobre la sexualidad.

El discurso de las ciencias sociales sobre la sexualidad es relativamente reciente. Este tema surgió como objeto de estudio desde fines del siglo XIX, pero desde entonces ha sido considerado como un ámbito de las disciplinas clínicas, que trabajan con individuos, como la psicología clínica, la psiquiatría, la pedagogía y la sexología, cuyos objetivos se orientan hacia el estudio de conductas individuales o hacia el "buen funcionamiento" sexual de las personas. Estas disciplinas, que se han ocupado de la sexualidad durante más de un siglo, han basado su discurso en la biología y la medicina, cuya comprensión de lo que llamamos sexualidad se refiere principalmente a un funcionamiento universal de los cuerpos biológicos (Bozon y Leridon, 1993). Para este enfoque, la sexualidad es entendida como una fuerza natural poderosa que existe en oposición a la civilización, la cultura o la sociedad y que requiere control social. Esta fuerza poderosa está situada en los individuos y son las conductas individuales las que son centralmente objeto de investigación. Las sociedades y las culturas responden a la necesidad de controlar estos impulsos, en lugar de constituirlos. El individuo y el impulso son, en este sentido, previos al orden social (Parker y Gagnon, 1994).

Este discurso "científico" sobre la sexualidad no ha sido totalmente ajeno a las ideas religiosas que lo precedieron. Tanto las religiones cristianas como la medicina occidental han visto lo sexual como un impulso básico que requiere autocontrol y controles sociales, que es diferente en hombres y mujeres y cuya manifestación socialmente correcta son las relaciones sexuales entre hombres y mujeres adultos en el matrimonio. Sin embargo, el discurso científico fue percibido como liberador al reconocer el impulso sexual como "natural" y al constituir una reacción modernista frente a las moralidades tradicionales, que situaban al comportamiento sexual en el centro del control social. Cambiaron las explicaciones sobre las "causas" de los comportamientos sexuales y ofrecieron nuevos patrones normativos de conductas sexuales apropiadas. Consideraron importante que las personas tuvieran información sobre el funcionamiento fisiológico de los genitales y consideraron a la autonomía individual como apta para controlar los impulsos sexuales. Estas visiones confiaron en que la ciencia era capaz de generar una noción no sesgada y universal de la sexualidad que, si era conocida y ejercida por todos, contribuiría al bienestar humano (Parker y Gagnon, 1994).

Estas disciplinas han intervenido como saberes legítimos o "discursos verdaderos" sobre las prácticas sexuales y reproductivas a través de los sistemas de salud y de las políticas sobre el cuerpo humano durante todo el siglo XX, especialmente después de la segunda guerra mundial. Antes de esos "discursos verdaderos" del pensamiento científico positivista, las "verdades" sobre la sexualidad correspondían a las instituciones religiosas. La aparición del psicoanálisis a comienzos del siglo XX contribuyó a reforzar estas visiones medicalizadas de la sexualidad, al proponer que la actividad sexual era expresión

¹ Profesora-investigadora del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano de El Colegio de México.

de una pulsión poderosa de origen biológico. Estos conceptos, al pretender universalidad, aceptaron el carácter fuertemente normativo de las ideas de la biomedicina y establecieron como norma general el intercambio genital heterosexual dentro de las uniones conyugales, suponiendo a las manifestaciones no conyugales de la sexualidad como periféricas, marginales, preliminares o desviadas.

Frente a estas disciplinas y frente a su intervención en las prácticas, el discurso de las ciencias sociales sobre la sexualidad (o sobre una diversidad de sexualidades) ha formado un campo de conocimiento mucho más reciente, relativamente poco estructurado, muy permeable a las representaciones, a las demandas y a los debates del propio mundo social (Bozon y Leridon, 1993).

La tardanza con que las ciencias sociales se ocuparon del tema tuvo que ver con la historia de estas disciplinas. Hasta fechas muy recientes, el paradigma hegemónico en las ciencias sociales era el del estudio de los fenómenos objetivables u objetivados por las instituciones y en consecuencia observables y cuantificables. Esta visión equipara las mediciones estadísticas y el abordaje comparativo con el método científico desarrollado por las ciencias naturales (Tarrés, 2001). La demografía y la sociología se ocuparon desde esta perspectiva de la formación de familias, el matrimonio, la anticoncepción y la procreación, sin detenerse mucho en los intercambios sexuales. El discurso sobre la sexualidad que adoptaron este tipo de estudios ha estado permeado por la idea de una sexualidad natural y universal. La inclusión de preguntas sobre comportamientos sexuales en las encuestas sociodemográficas respondió a la necesidad de resolver "problemas" sociales como el uso de anticonceptivos o el embarazo en la adolescencia. Cuando las preguntas se han dirigido a mujeres casadas, se limitan a la frecuencia del coito vaginal con su pareja conyugal en un periodo de referencia (generalmente el mes previo a la encuesta). Cuando se han dirigido a adolescentes, el espectro de preguntas ha sido más amplio: se refieren a saber si han tenido relaciones sexuales (entendidas como coitos vaginales) y en ese caso, a conocer la edad en que las iniciaron, su frecuencia, el uso de anticonceptivos, el número de personas con quienes han tenido relaciones sexuales y el tipo de relación que tienen con sus parejas sexuales. La idea de un comportamiento sexual universal entre los adolescentes ha seguido presente.

El surgimiento de la epidemia del VIH-sida amplió el interés de la epidemiología por el estudio de los comportamientos sexuales y el espectro de los comportamientos por estudiar. Sin embargo, los estudios que se realizaron en todo el mundo desarrollado y algunos países pobres para indagar sobre la frecuencia y características de las conductas sexuales presentaron serios problemas de medición y conceptualización y sus resultados fueron bastante infructuosos. Por una parte, la epidemia del VIH-sida reforzó las concepciones universalistas y esencialistas de la sexualidad al asociarla con la enfermedad, campo de estudio de la bio-medicina. Pero por otra parte, los pobres resultados de las investigaciones demográficas y epidemiológicas reforzaron la necesidad de los estudios sociales en profundidad, al evidenciar las discrepancias entre las ideologías médicas y demográficas sobre la sexualidad y las experiencias de vida de las personas. Las contradicciones y ambigüedades son especialmente importantes en los sistemas clasificatorios, las identidades, la congruencia entre normas y prácticas y entre conductas y

autodefiniciones, el significado de las acciones y la estabilidad de las preferencias sexuales (Vance, 1997; Dowsett, 2003).

El discurso de las ciencias sociales.

Los primeros estudios sociales sobre la sexualidad humana correspondieron al campo de la antropología y estuvieron fuertemente influidos por los conceptos biomédicos y psicoanalíticos que sitúan la esencia de la sexualidad en un impulso universal ubicado en el cuerpo y que estudian los comportamientos individuales. Sin embargo, estos estudios antropológicos permitieron superar las formas más burdas de esencialismo y universalismo, al enfatizar el papel de las culturas y de los aprendizajes en la conformación de las actitudes y de las prácticas sexuales y al observar la enorme variabilidad de estas prácticas entre culturas, entre generaciones, entre regiones geográficas y entre grupos y clases sociales. El conocimiento de esta variabilidad sugirió que la sexualidad humana era maleable y capaz de asumir formas diversas, poniendo en entredicho las nociones sobre la inevitabilidad o la naturalidad de las conductas sexuales y aportando bases empíricas para el surgimiento del discurso crítico de las ciencias sociales. La principal limitación de las primeras visiones antropológicas sobre la sexualidad es que suponían significados estables y universales para los actos sexuales, identificando los actos y las conductas con los significados e identidades que son normas en los países occidentales anglosajones (Vance, 1997).

El discurso crítico que identifica a las sexualidades como objetos de estudio propio de las ciencias sociales surgió apenas a finales del siglo XX y plantea que lo sexual es socialmente construido. Estas visiones críticas surgieron hace apenas unos veinte años y se relacionan con avances dentro de las ciencias sociales y con la necesidad de dar respuestas a problemas sociales complejos.

Responden a avances teóricos y metodológicos de la sociología, la antropología, los estudios culturales, la historia, la crítica literaria y los estudios sobre comunicación. Desde el punto de vista teórico, el discurso de las ciencias sociales sobre las sexualidades está fuertemente influenciado por el pensamiento feminista, los estudios lésbico-gays, el interaccionismo simbólico, la sociología del conocimiento, la teoría post-estructuralista, la crítica anti-colonialista y, más remotamente, con el marxismo crítico y el psicoanálisis. Forma parte de una crisis más amplia de las ciencias sociales y las humanidades y retoma aportes de la filosofía y la crítica literaria. Desde el punto de vista del quehacer social, surge con mucha fuerza ante la incapacidad de los discursos universalistas de las ciencias médicas y del comportamiento para responder a las complejidades de la epidemia del VIH-sida y de otros "problemas" sociales como el embarazo en la adolescencia y los cambios en las formas de organización familiar.

El discurso de las ciencias sociales reconoce la historicidad y el carácter cultural de los comportamientos sexuales, de las actitudes, de las emociones y de los términos y las categorías para nombrar y clasificar lo sexual, y el carácter relacional de las prácticas. Considera imposible estudiar la sexualidad sin tomar en cuenta las relaciones de género y de clase o sin considerar la cultura y las instancias de control social. Para las ciencias sociales, las relaciones, las culturas y los controles sociales no solamente influyen, sino que están en el corazón mismo de las prácticas sexuales y de sus significados (Bozon y Leridon, 1993). En el discurso crítico de las ciencias sociales, actos sexuales

fisiológicamente semejantes pueden tener significados sociales y significados subjetivos diferentes, dependiendo de como sean definidos y entendidos en periodos históricos y culturas diferentes y de su inserción en relaciones sociales distintas. Los actos sexuales no llevan en sí un significado universal y la relación entre actos y significados no es fija. Su interpretación es extremadamente compleja, pues existe el peligro de que el observador proyecte su propio tiempo y su cultura en esa interpretación. Diferentes culturas proporcionan una amplia variedad de categorías, esquemas y etiquetas para conformar las experiencias sexuales. Estas construcciones organizan los significados individuales y las subjetividades, pero también organizan y dan significado a las experiencias colectivas, conformando identidades, definiciones, ideologías, moralidades y regulaciones sexuales (Vance, 1997).

En los estudios sociales, entender la sexualidad es siempre un ejercicio profundo de comprensión de significados locales. Se refiere a poblaciones y comunidades insertas en sub-culturas, desigualdades y diversidades sociales. El enfoque de los estudios es necesariamente social y contextual, no es centrado en los individuos. Las personas se consideran siempre insertas en culturas, y las culturas se construyen relacionamente a través de experiencias y significados vividos colectivamente. Para el discurso crítico de las ciencias sociales, no existen los comportamientos individuales reificados y descontextualizados. Todo comportamiento constituye una práctica social y es relacional e históricamente producido. Las prácticas y sus significados -más que los comportamientos- son el objeto de estudio de las ciencias sociales. Se considera que las prácticas están dinámicamente empapadas de los contextos sociales y que a su vez construyen esos contextos. Los contextos sociales no son solamente socio-económicos, sino también históricos, culturales y discursivos. El contexto sitúa a los individuos en un entramado específico de recursos y capacidades relacionamente construidos que definen sus posibilidades de acción. A su vez, son en parte las relaciones entre actores sociales las que construyen esos contextos. Para comprender las prácticas sexuales es necesario conocer los contextos sociales, los significados sexuales, las culturas sexuales y las identidades (Parker y Gagnon, 1994; Vance, 1997; Dowsett, 2003).

Una característica central del discurso de las ciencias sociales sobre las sexualidades es su carácter reflexivo y crítico. Cuestiona los conceptos mismos de sexualidad y de acciones o prácticas sexuales, así como la falsa identidad que se establece entre acciones y significados y entre prácticas e identidades. En particular, cuestiona la idea de que exista un discurso científico objetivo sobre la sexualidad que sea libre de valores. Desde el punto de vista de las ciencias sociales críticas, todo discurso sobre sexualidades está cargado de valores, especialmente cuando se le asocia repetidamente con enfermedad o con moralidad. Toda forma de categorizar y clasificar es considerada problemática y debe ser analizada críticamente, especialmente cuando se tratan de establecer criterios dicotómicos de normalidad/anormalidad asociados con salud/enfermedad y con naturalidad/desviación. En el estudio de las sexualidades, los investigadores de las corrientes críticas de las ciencias sociales son cautos acerca de sus modelos teóricos, cuidadosos de su historia y conscientes de su práctica.

Para el discurso crítico de las ciencias sociales, el concepto mismo de sexualidad no es unívoco. Su delimitación depende en gran medida de la perspectiva teórica,

metodológica y disciplinaria que se adopte. Los estudios sociales sobre las sexualidades comprenden los deseos eróticos, las fantasías y un conjunto de prácticas, sensaciones y hábitos que involucran al cuerpo. Abarcan también relaciones sociales, conjuntos de ideas, moralidades, discursos y significados construídos socialmente en torno a los deseos y prácticas eróticas. Comprenden, además, las relaciones entre esas ideas y los deseos y prácticas. En las sociedades modernas, abarcan también las clasificaciones que se asignan a las personas según sus preferencias, así como las autodefiniciones que algunas personas y comunidades hacen de sí mismas a partir de sus opciones sexuales. En síntesis, para este discurso, la sexualidad consiste en un conjunto de relaciones que son específicas histórica y culturalmente. Un comportamiento, un deseo o una fantasía se vuelven sexuales a partir de significados socialmente construídos. Lo que es sexual en una cultura o en un momento histórico no lo es en otros.

En este discurso, las sexualidades y las actividades sexuales no corresponden a comportamientos de individuos aislados, sino a personas sociales integradas al contexto de culturas sexuales distintas y diversas. El énfasis de los estudios sociales está en la organización social de las interacciones sexuales y en la complejidad de los vínculos entre poder y significados que se encuentra en la constitución de las experiencias sexuales. El análisis de las categorías y los sistemas de significación locales que estructuran y definen la experiencia sexual en diferentes contextos ha demostrado que las categorías y clasificaciones utilizadas por el pensamiento científico occidental están lejos de ser universales.

Siguiendo este razonamiento, una dimensión central que han aportado las ciencias sociales para el estudio de las sexualidades en relación con los riesgos de infecciones de transmisión sexual es el concepto de vulnerabilidad. Frente a los intentos universalizantes de definir primero a "grupos de riesgo" y luego a "prácticas de riesgo" y "grupos puente" frente al VIH-sida, las ciencias sociales han aportado el concepto de contextos de vulnerabilidad. De acuerdo con este concepto, un mismo comportamiento puede ser riesgoso en un contexto y no en otros (Amuchástegui, 2003; Dowsett, 2003). Una dimensión social clave en la comprensión de las vulnerabilidades sociales son las variadas tradiciones culturales y las historias que sustentan una multiplicidad de relaciones económicas vinculadas con prácticas sexuales, en las que se intercambia sexo por bienes, por servicios o por dinero, sea ocasionalmente, sea trabajando en variadas formas de comercio sexual, o sea por obligación (Dowsett, 2003).

Relaciones de género y sexualidades.

Entre las relaciones de poder y los significados que configuran las experiencias sexuales destacan las relaciones de género. La construcción social de lo femenino y lo masculino aparece como una categoría fundante del modo como los sujetos viven las experiencias sexuales. La contribución más importante de los estudios feministas para el conocimiento de la sexualidad fue el reconocimiento de que los marcos de género son los que permiten interpretar lo sexual en las sociedades occidentales. Además, las categorías de masculinidad y feminidad pueden estar organizadas en distintas culturas de manera muy diferente a los conceptos y normas occidentales y en muchos contextos pueden coexistir las normas euro-norteamericanas con concepciones diferentes, que son centrales para la interpretación de las sexualidades. Es imposible entender la manera en que las

desigualdades sociales y las relaciones de poder configuran las experiencias sexuales si se tiene una visión esencialista de las diferencias de género.

Para entender el efecto de las relaciones de género en lo sexual es necesario desentrañar completamente los sistemas de género, localizando a hombres y mujeres de diferentes grupos y clases en los espacios sociales del poder y los recursos materiales y simbólicos. Las relaciones de poder construidas social y culturalmente no solamente estructuran las relaciones entre hombres y mujeres, sino también las relaciones entre diferentes tipos de hombres y diferentes tipos de mujeres en el contexto de sistemas social, política y económicamente complejos.

La construcción social de las sexualidades está profundamente relacionada con las ideas que existen en las culturas acerca de la masculinidad y la feminidad. En casi todas las culturas existen normatividades diferenciadas para hombres y mujeres en cuanto a los comportamientos sexuales y valoraciones diferenciadas para los comportamientos considerados como femeninos o masculinos, asociados a las ideas de actividad y pasividad sexual. Las ciencias sociales han incorporado el estudio de estas relaciones, permitiendo hacer visibles las relaciones de poder y desigualdad presentes en las experiencias sexuales y la diversidad de experiencias que no siempre responden a las etiquetas de las sociedades occidentales.

Esas ideas influyen de manera muy importante en las características y diferencias que existen en el inicio de las prácticas sexuales en la vida de las personas. Las creencias definen las costumbres sobre la virginidad, la edad en que hombres y mujeres empiezan a tener encuentros sexuales, el tipo de parejas con quienes pueden iniciarlas, las posibilidades de usar anticonceptivos y medidas preventivas en las relaciones sexuales y las consecuencias de esas relaciones y sus características en su vida sexual, familiar y social presente y futura. A su vez, definen el número de parejas sexuales que las personas pueden tener a lo largo de sus vidas, la posibilidad de parejas simultáneas y sucesivas, el tipo de parejas y el tipo de relacionamientos, la oportunidad y la duración de las relaciones, la frecuencia y condiciones de cambio de una pareja a otra y las consecuencias sociales y familiares de esas experiencias. Con base en los sistemas de género, existen condiciones sociales que autorizan o no formas de violencia familiar, abusos sexuales y diferentes grados de coerción en la toma de decisiones sobre prácticas sexuales. Las cuestiones de elección son complejas, pues actividades aparentemente voluntarias pueden estar condicionadas por dependencias familiares, requerimientos económicos, temor a la violencia o miedo al abandono. El tipo de prácticas que se pueden llevar a cabo, su frecuencia y sus condiciones están normadas y condicionadas de maneras diferentes para hombres y mujeres según sus edades y ubicación social y familiar, así como para diferentes tipos de hombres y de mujeres en distintos contextos. Los significados que se construyen en torno a los deseos y los placeres corporales, así como los distintos significados que las culturas le atribuyen a los cuerpos femenino y masculino, influyen también en las experiencias sexuales. Existen diferentes creencias en cuanto a la fuerza de los impulsos en uno y otro sexo, la presencia o no de placer, las necesidades de control y las consecuencias que los conocimientos, los deseos y los placeres tienen para las identidades y las relaciones de las personas. Existen también profundas disparidades entre las creencias, las expectativas y los temores, por una parte, y la satisfacción y el bienestar que dicen

experimentar las personas en sus prácticas. Las aspiraciones hacia una democratización de las relaciones entre hombres y mujeres -y entre hombres y entre mujeres- pasan también por una democratización de los intercambios sexuales (Dixon-Müeller, 1993).

Las identidades de género se construyen, en una medida importante, relacionadas con creencias sobre la sexualidad. En muchos contextos existen normas que orientan a las mujeres hacia una sexualidad vinculada a la maternidad o hacia formar o mantener una pareja conyugal y reprimen manifestaciones activas de deseos eróticos o de experiencia sexual en las mujeres. El comportamiento o el prestigio sexual de las mujeres puede constituir un recurso social en los contextos de mayor vulnerabilidad, en los que la capacidad de proveer de una pareja masculina constituye el principal vehículo de subsistencia y de movilidad social de las mujeres. A la inversa, se estigmatiza y discrimina a las mujeres sin pareja sexual o abandonadas.

El estudio de las masculinidades ha permitido comprender también los lazos existentes entre construcciones sociales de género y sexualidades. Con variaciones entre distintos contextos, las manifestaciones de actividad sexual suelen ser reafirmadoras de sentidos de masculinidad e ideales varoniles. Las percepciones de amenazas a la virilidad o la pérdida de sentimientos de control aparecen en la raíz de comportamientos violentos o abusivos (Szasz, 1998).

Sexualidades y emociones.

Las ciencias sociales se ocupan preferentemente de las formas de organización social, las instituciones, las normas, los sujetos colectivos y las relaciones. Al ocuparse de las sexualidades como objeto de estudio, ponen el acento en los distintos escenarios culturales, las normas y criterios para el emparejamiento sexual, las relaciones de poder, las desigualdades, las redes de sociabilidad, el papel de instituciones como la familia y el parentesco en la reproducción social, las categorías y clasificaciones, la estructura y los mecanismos de distribución de la riqueza y los privilegios sociales, los dispositivos de control, el potencial de validación o censura que el mundo social ejerce sobre cada sujeto y el potencial de transformación de los actores sociales.

Algunas dimensiones que aparecen muy centrales para entender lo sexual -como los deseos, la sensualidad, los placeres, las emociones- aparecen muy tangencialmente en los discursos de las ciencias sociales. Es apenas en el contexto de las sociedades occidentales de finales del siglo XX que las cuestiones relativas a la intimidad de las personas pasan a ser centro de reflexión sobre la construcción de los sujetos sociales y de las nociones de ciudadanía y derechos (Weeks, 1998).

Los vínculos entre sexualidad y placer han sido abordados por el conocimiento positivista en términos de establecimiento de escalas de normalidad basadas en descripciones individuales sobre las sensaciones físicas. Desde las ciencias sociales, este abordaje se ha problematizado, planteándose como una dimensión auto-referenciada desprovista de criterios y criticando la dimensión racional de la aprehensión del placer (Loyola, 1998). Desde el abordaje sociológico constructorista se propone que el placer no se establece necesariamente con referencia a lo permitido o a lo prohibido, a lo normatizado o a las transgresiones, sino sobre todo en relación con el placer en sí mismo, su intensidad,

su cualidad específica para las personas (Pierret, 1998). Este abordaje se interesa también en la construcción social de los deseos y los placeres sexuales. Su objeto en este sentido son las historias locales sobre lo deseable, la manera en que el deseo y el placer emergen, se organizan y se interpretan socialmente, como se produce y se consume el deseo sexual. Las ciencias sociales enfrentan la complejidad de generar teorías sobre los deseos eróticos apropiadas para diferentes contextos culturales (Parker y Gagnon, 1994).

La relación entre las sexualidades y los sentimientos aparece también como particularmente problemática. Por una parte, la relación entre sexualidad y amor está marcada por la historia y las diversidades culturales. Si bien en todas las sociedades y culturas existe potencialidad para los sentimientos amorosos y su relación con el erotismo, este potencial se inscribe de manera diferente en distintas culturas y dimensiones de las estructuras sociales. Las relaciones entre amor y sexualidad están marcadas también por las jerarquías que caracterizan a las relaciones de género aún en las sociedades occidentales contemporáneas. Estas relaciones definen características diferentes para las sexualidades femeninas y masculinas, en las que aparece un predominio del amor-pasión como característica masculina y un lazo mayor de la sexualidad femenina con el amor romántico (Loyola, 1998). Las posibilidades de experimentar prácticas eróticas en las que no intervengan sentimientos amorosos aparece como una característica más propia de lo masculino que de lo femenino.

La sexualidad aparece como un dominio esencialmente privado de las personas. Como dominio de deseos y de actividad, es lo que las personas esconden unas de otras, lo que hacen sin que personas externas tengan conocimiento, en ausencia de aprobación o desaprobación de otros, sin necesidad de mostrar. Sin embargo, la sexualidad es también agregadora, es una actividad que liga a las personas entre sí y crea lazos, interdependencias, intercambios de emociones y afectos. No es solamente un dominio de poder, sino también de felicidad, bienestar, intimidad, solidaridad, amistad, timidez, privacidad, estar juntos (Loyola, 1998). En este sentido, da cuenta de la naturaleza de las relaciones e intercambios entre las personas, tiene potencia asociativa, se refiere a la comunicación con otros, constituyéndose en objeto de estudio social (Pierret, 1998).

Identidades sexuales

La necesidad de generar teorías locales sobre los deseos eróticos está muy relacionada con el problema de las relaciones entre deseos sexuales e identidad. Se mencionaron los complejos lazos que existen en las diferentes culturas entre la construcción de las identidades de género y las creencias sobre una sexualidad activa como propia de lo masculino y una sexualidad pasiva considerada como femenina.

Otra complejidad se refiere a la construcción de identidades -asignadas y elegidas- según la orientación de los deseos eróticos hacia personas del mismo o de distinto sexo. Los estudios comparativos entre diferentes culturas han demostrado que las auto-definiciones y las identidades vinculadas con la orientación de los deseos eróticos, así como los comportamientos, son muy diversos y fluidos. La emergencia de las categorías sociales de homosexual, bisexual y heterosexual son etiquetas y clasificaciones propias de un grupo de sociedades en un momento histórico específico. Si bien los procesos sociales actuales imponen estas concepciones occidentales modernas al resto de las sociedades, no dan

cuenta de la riqueza, diversidad y fluidez de los comportamientos eróticos y de las autodefiniciones y categorías sociales relacionadas o no con ellos.

La cuestión de las identidades no debe confundirse con los comportamientos. La primera responde a la pregunta sobre cómo una persona se define o es clasificada a partir de sus deseos eróticos. La segunda se refiere a lo que hace o lo que le resulta posible hacer sexualmente en su contexto social. La relación entre cómo una persona se identifica y qué es lo que hace sexualmente opera de manera diferente en distintos contextos socioculturales. En algunas sociedades, la cuestión de la identidad no es muy importante para definir lo que se hace y, a la inversa, las prácticas sexuales no definen identidades. En otros casos, una misma práctica es relacionada con identidades sexuales en algunas culturas y no lo es en otras. Sin embargo, en las sociedades occidentales y en muchas en vías de modernización, la definición de las identidades se vuelve cada vez más importante y más un terreno de opción (Parker y Gagnon, 1994; Weeks, 1998).

La cuestión de las identidades se relaciona también con los conceptos de estigmatización y discriminación sociales, que han sido identificados como factores clave en la expansión de la epidemia del VIH-sida. Las ciencias sociales han hecho interesantes aportes conceptuales para la comprensión del estigma y la discriminación como instancias de poder y dominación que se construyen socialmente para reproducir las desigualdades (Aggleton y Parker, 2002).

La sexualidad como terreno de debate.

La sexualidad constituye un campo de acción política, en tanto constituye un espacio de acciones y reacciones en el cual las relaciones de poder afectan profundamente las prácticas y las posibilidades de libertad y de ejercicio de derechos.

Un ejemplo lo constituyen los procesos sociales de estigmatización y discriminación ya mencionados, en los cuales las mujeres que ejercen una actividad sexual intensa o variada, las comunidades homosexuales, los grupos más pobres o las etnias sometidas son señalados como chivos expiatorios de males sociales atribuidos a sus comportamientos sexuales, con la finalidad de mantener la subordinación social de los grupos discriminados (Aggleton y Parker, 2002). A la inversa, un ejemplo positivo consiste en la forma en que investigadores, activistas y comunidades afectadas por la epidemia del VIH-sida se han organizado para contrarrestar su expansión y sus efectos, aportando experiencias, conocimientos y enfoques teóricos que han contribuido a la comprensión de las sexualidades y a cambiar las percepciones sobre la epidemia como un problema que nos afecta a todos. Otra dimensión de este terreno de disputas son las confrontaciones entre las dinámicas y variadas culturas sexuales juveniles que emergen en distintos contextos a partir de los intereses y deseos de los propios jóvenes, que contrarrestan los efectos de las ideologías e intervenciones que buscan eliminar sus prácticas sexuales por considerarlas riesgosas o inmorales, y que se superponen, además, a las culturas comerciales de explotación de símbolos sexuales de los jóvenes (Dowsett, 2003).

El hecho de que los sectores dominantes, a través del estado, del mercado, de las instituciones religiosas y de las comunidades científicas ejerzan una influencia desproporcionada sobre los discursos relativos a las sexualidades no significa que no existan otras visiones y desafíos, ni que los grupos subordinados y discriminados solamente

respondan reactivamente. Los diferentes discursos y movimientos generan subculturas y mundos de significados en permanente recreación (Vance, 1997).

En el terreno de debate sobre las sexualidades, el discurso crítico de las ciencias sociales se abre paso y hace aportes para una mejor comprensión de una dimensión compleja en un mundo cambiante.